

## **DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Éxodo 19, 2-6): *Seréis para mí un pueblo de sacerdotes.*

**Salmo** (99, 2.3.5): *«Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño»*

**2ª lectura** (Romanos 5, 6-11): *Fuimos reconciliados por la muerte de Cristo.*

**Evangelio** (Mateo 9, 36 – 10, 8): *Llamó a sus discípulos y los envió.*

Jesús se compadeció de las gentes porque estaban extenuadas de cansancio y desorientadas como ovejas sin pastor. En otra ocasión se había compadecido de la muchedumbre hambrienta y, para darles de comer multiplicó los panes y los peces. Aquí no se menciona específicamente el hambre, sino el cansancio y agotamiento de quien busca largo tiempo sin encontrar lo que busca. Por eso no se habla de multiplicación de panes, sino de elección de unos hombres para la función de pastores, investidos de poderes para guiar. Estos hombres reciben poder sobre las enfermedades y los malos espíritus.

Las necesidades en el mundo nos llegan puntualmente cada día. Podemos oír la radio muy de mañana, leer el periódico a medio día, o terminar la jornada con las últimas noticias de la tele y habremos recibido cabal información de accidentes, inundaciones, guerras, asesinatos, hambres, conflictos. La cara negativa del dolor y la parte conflictiva parecen pertenecer al fondo informativo de cada día. La miseria es un hecho. Debería informarse más sobre los acontecimientos buenos, ejemplarmente estimulantes de hombres y mujeres comprometidos apasionadamente en la empresa de buscar remedio a todos estos problemas. Pero, son mucho más noticiables las catástrofes que las noticias de los muchos esfuerzos por mitigar las necesidades de pan, consuelo y ayuda.

La palabra clave con la que se escribe la historia del evangelio es “*la compasión*”. Jesús se compadeció. No comienza por solucionar, sino por compadecerse. Luego vendrá el poner manos a la obra para llevar el remedio adecuado hasta donde sea posible. Cualquier persona en necesidad busca ante todo gestos de interés, respeto, consideración. No se suele prestar la ayuda necesaria con predicaciones morales ni con reproches sobre una conducta incorrecta, sino primero con gestos humanos y cuidados de quienes, como Jesús, saben curar las heridas, pero ante todo se interesan por la persona.

Nuestra situación en un mundo de necesidades es algo diferente de la descrita por Mateo. Nuestro mundo occidental está poblado de malos espíritus que roban la paz, turban el pensamiento y dificultan las decisiones coherentes en la vida. Hay muchas gentes que no son libres para elegir y vivir como corresponde a su dignidad como ellos desearían desde lo más íntimo de su corazón. La situación de esos hombres y mujeres las define el evangelio bajo la metáfora de: “*ovejas sin pastor*”, extraviadas y exhaustas.

No son sólo los radicales violentos, los drogodependientes, inmigrantes, los agnósticos y enfermos psíquicos; hay otros incluidos en esta denominación que viven sin personalidad, desorientados, manipulados por mafias y corren a donde se les dice que se ofrece bienestar. Son quizás “*buenas personas*”, proceden de buenas familias y forman buenas familias, pero que no saben a dónde van y están agotados de buscar sin encontrar competentes guías de orientación

Jesús dijo una vez, para condenar el escándalo farisaico: **«siempre habrá pobres entre vosotros»** (Mt. 26, 11). Siempre ha habido y siempre habrá hombres necesitados. Es algo que pertenece al ser humano por el hecho de serlo, por ser limitado e incompleto, por la introducción del pecado en el mundo. Todo es limitado. Los filósofos y teólogos dicen que se debe proceder con prudencia y humildad ante las realidades del mundo y del hombre. Así es también en el campo de la evangelización, de las obras llevadas a cabo por Cáritas, de las ayudas al desarrollo...

La mejor medicina para un ser humano son los gestos humanos. Los que son buenos para nosotros nos hacen mucho bien por el hecho de serlo: cercanía, interés, respeto. Estos pensamientos nos acercan al núcleo del mensaje. Sucede, sin embargo, que, con cada nueva situación, con cada nuevo individuo surgen también nuevos problemas y uno tiene la impresión de estar siempre empezando. Puede uno desalentarse con el pensamiento de que no se hace nada, que no se logra nada, que el problema es insoluble.

De Jesús hay que aprender primero a compadecerse y después obrar en consecuencia. Él aconseja un remedio ampliamente ignorado y ciertamente minusvalorado: la oración. E invita a sus discípulos a rogarle al dueño que envíe más trabajadores. **¡Pedid obreros!** Y, para comenzar, prepara a los doce más cercanos, sus apóstoles, para que comiencen a atender a las ovejas perdidas de la casa de Israel.

Somos muchos los que formamos parte de ese nuevo Israel que es la Iglesia. Tenemos que reconocer que después de dos mil años el mundo sigue “*extenuado y desamparado, como ovejas sin pastor*”. Razón de más para que todo discípulo de Jesús se sienta responsable de sus hermanos. Porque como cristianos, no podemos renunciar al programa descrito en el evangelio: **«Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recibisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme»**. Y poder escuchar como Jesús nos dice: **«En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos hermanos míos, aun a los más pequeños, a mí lo hicisteis»**.